

# Lágrimas en la habitación

**Cuando cerró la puerta no era muy consciente de lo que estaba haciendo, tan solo se dejó llevar. Pero al aislarse del exterior surgieron sus miedos más fuerte de lo que él hubiera deseado. Una lágrima se deslizó por su rostro y el mundo apareció a sus ojos distorsionado. Eso fue sólo el comienzo** Ilustración y texto J. Sanz

Ahora era la sombra de quien fue. El mundo le había dado la espalda. El poco éxito que tuvo en su vida, y al que nunca apreció demasiado, le había abandonado. Era un tipo sencillo, un imbécil que andaba encorvado mientras paseaba por la calle. Un bicho raro que había sido feliz con muy poco y que ahora de repente, al abrir los ojos, se había encontrado solo. Terriblemente solo. Su música sus libros y sus amistades, a los que él nunca llamó amigos, le habían traicionado. En realidad no era una traición en toda regla, sino que los cambios de la vida habían alejado tanto los intereses de unos y otros que la separación paulatina había acabado en ruptura. La música que fue su vida, perdió todo su interés. Los libros que siempre le contaron al oído historias fantásticas dejaron de hablar. Los amigos, aunque nunca lo fueron del todo, eran ahora tan distintos y tan distantes que apenas entendía su idioma, sus gustos, su vida. En los cambios que tiene el vivir, los nexos que lo unían con el mundo se habían roto y no supo, hay que tener cuenta que era un imbécil, labrarse otros nuevos. Una mañana de sol se miró al espejo y vio su cuerpo desnudo encorvado. Se estiró y abrió más los ojos. Esa mañana decidió cerrar la puerta de su habitación y no volverla a abrir nunca más.

No se tomó la molestia de vestirse, ni de hacer la cama, ni de pensar en las consecuencias de su acto. Sencillamente cerró la puerta, cerró la ventana, y cerró su vida al mundo exterior. Pensó un momento: '...', ninguna idea vino a la mente, pero no le importó. Si el mundo no lo quería, él no querría al mundo. Y así, decidió llevar una nueva vida encerrado entre aquellas cuatro paredes. Sentado en el borde de la cama, siempre se sentaba en el borde de todo nunca pedía espacio para él, comenzó a llorar. Primero trató de contener las lágrimas, pero cuando la primera cayó al parqué de sintasol la siguiente gota de angustia se lanzó desde el lagrimal. Y después otra, y otra más. Lloraba desconsoladamente. Gimoteaba sin rabia y, sin más, se dejó arrastrar por la pena, por la decep-

ción, por la frustración. Su mundo pequeño en el que siempre estuvo a gusto se desmoronaba. Se caía hecho añicos y él lloraba al ver los trozos de vida rotos y esparcidos por el suelo. Las lágrimas caían a borbotones, llovía pena torrencialmente, caían chuzos de llanto. El suelo empezó a llenarse de lloso y notó la humedad en los pies descalzos. Esto le hizo llorar aún con más fuerza. El nivel de la pena iba subiendo poco a poco por la habitación y lo mojaba todo. Flotaban en el líquido afligido unos pantalones vaqueros de oferta en el supermercado, unos calcetines con agujeros y unos calzoncillos



sucios. Flotaba también, una revista de arte, un cd con música pirateada y unos papeles donde anotaba las ofertas de empleo, aunque no sabía para qué, ya que nunca le llamaban. Vivía de la caridad de sus viejos padres y eso le hizo llorar más. Las gotas caían sobre mojado y la congoja lo llenaba todo y subía poco a poco. Notaba como su cuerpo estaba flotando sobre su llanto y esto le hacía sentirse peor. Lloró más, mucho más. Más de lo que podía haberse imaginado que podía llorar una persona. Apenas faltaba un palmo para que el líquido producto de la angustia llenase la habitación. Moriría ahogado en su propia desdicha. Hubo un momento en que pensó que no podría derramar ni una lágrima más, pero las perlas apenas aparecían en sus parpados y se lanzaban al vacío llenando el vaso de su angustia. Apenas quedaba espacio para respirar. Tampoco lo intento. El nivel del llanto seguía subiendo. Ya no quedaba aire. Aguantó la respiración todo lo que pudo para

evitar ahogarse, y en su pena seguía derramando lágrimas. Cuando no pudo más, abrió sus pulmones al paso del líquido y esperó que todo acabase sin mucho sufrimiento. El líquido recorrió el cuerpo afligido y lo llenó.

El hombre desnudo se sorprendió de poder respirar pena. Asombrado por inhalar lágrimas siguió llorando. Giró sobre sí mismo extrañado por la sensación, luego pensó que era lo que había hecho muchas veces, vivir en su propia desdicha. Se sintió bien mientras nadaba por la habitación y deseó nadar en el mar, eso le encantaba. Deseó poder escuchar música dentro del mar. Y de leer dentro del mar. Si se podía respirar en su propia decepción húmeda se debía poder hacer todo lo que él quisiera. Se ríe a carcajadas. Y notó que la risa retumbaba con fuerza en sus oídos por las cualidades acústicas del llanto. Volvió a reír. Alocadamente, histérico, descontrolado. A cada carcajada el llanto desaparecía, pero eso tardó en apreciarlo. Se ríe como un loco durante un rato hasta que al final se vio de nuevo sobre la cama. Le dolía el pecho de tanto reír. Miró a un lado y otro de la habitación cerrada y comprendió que las lágrimas habían desaparecido alejadas por las carcajadas. Cerró los ojos un momento y se quedó dormido. Al despertar recordó el mar de llanto en el que había nadado y sonrió. Todo había sido un sueño. Ahora despierto, una sonrisa iluminó su cara y se vistió rápido. De buen humor salió a la cocina a desayunar. Los sueños sueños son, pensó mientras ponía a calentar un tazón de leche. Se sintió bien. "Hoy abriré los ojos al mundo y estaré atento a lo que suceda a mi alrededor". "Seré un tipo tranquilo". "Entenderé lo que pase y con humor, sabré comportarme con decisión", se dijo a sí mismo el ex abatido. Se encontró mejor y con fuerzas para empezar de nuevo. Salió a la calle contento y no se dio cuenta de que mientras andaba iba dejando un rastro húmedo que salía de su ropa. Un hilo que formó parte del mar de lágrimas de la noche anterior, caía de sus prendas aún empapadas. Aunque, el hombre que ahora caminaba erguido no se enteró. El hombre que nació de nuevo en aquella habitación siguió caminando con paso sereno mientras el sol secaba su ropa mojada. El rastro de lágrimas que aún dejaba al caminar disminuía poco a poco con el calor del día y con una sonrisa perenne que se instaló en su boca. Comenzó a silbar, eso siempre le gustó.



<http://josesanzsaez.weebly.com>